

Esos de allí

Era un día lluvioso, en el que las aguas entorpecían nuestro arduo viaje. Estábamos exhaustos, por la tarea de capturar a la ballena desconocida. Aquel animal era extraño. En ocasiones, se presentaba de repente, asustándonos, apareciendo con esa forma entre el oleaje. Otras veces, desaparecía. Esta era una de esas. El cetáceo permanecía oculto, observándonos, y riéndose de nosotros, pero nuestros ahíncos de gloria nos empujaban en la labor de capturarlo.

Nos encontrábamos absortos en esta tarea, cuando, gracias al catalejo, avistamos un navío en el horizonte. Al principio, la silueta era difusa, un espectro en lontananza. A unos movimientos magistrales del timonel, la imagen se hizo más clara. De repente, una ola nos empujó, y nos acercó al barco. No obstante, en ese mismo momento, cuando tratábamos de entablar relación con los tripulantes, la nave no paró, no maniobró, sino que continuó, a la deriva. Ante la rapidez en la que se presentaron los hechos, no pudimos hacer nada, por lo que recibimos un fuerte choque de aquellos imprudentes navegantes.

Furioso, decidí cruzar la cubierta, entre múltiples resbalones a causa de la acción del agua sobre la madera. Me acerqué, para observar el incidente, y pregunté a un grumete que, con imperiosa valentía, se había acercado el primero:—¿Qué ocurre?
—Capitán, mire usted, porque si hablo, no creerá

Intrigado por aquellas palabras, mi mirada se dirigió, en cuestión de segundos, a la borda del barco. No eran hombres furiosos lo que vi, no era un barco fantasma lo que apreciaron mis ojos, sino algo, que me dio tal sorpresa, que no pude evitar mostrar incertidumbre, ante lo bizarro de aquello.

Los tripulantes de la embarcación se hallaban vivos, pero no aparentaban eso. Sus cuerpos se hallaban apoyados, sin realizar fuerza alguna sobre la borda. Tenían un aspecto cansado. Con una mano, se agarraban al extremo de la tabla de madera para evitar caerse, y, con la otra, sujetaban un catalejo. Llevaban sombreros destrozados por el paso del tiempo, largas barbas descuidadas, y ropa sucia por la mugre del aire que recorría aquellos mares. Sin embargo, lo más extraño, era lo siguiente, la expresión de sus rostros. Todos, sin diferencia alguna, mantenían la misma mirada, a través del objeto cilíndrico, fija en el mar. Permanecían impasibles, contemplando con atención el oleaje de agua salada. Nadie manejaba el timón.

Impactado, decidí saltar a la nave, y preguntar a alguien, tras haber comprobado que los gritos no funcionaban. Una vez estuve lo suficientemente cerca, agité fuertemente uno de aquellos cuerpos. Pasaron unos minutos, repitiendo la misma acción, hasta que el aparato a través del cual miraba con interés el hombre al agua, se cayó, y se perdió para siempre, en las profundidades. Entonces, se giró, y, furioso, comenzó a gritarme.

—¡Tranquilo, hombre! Ni que sea para tanto tal nimiedad, ¡Un catalejo! ¿Para qué lo quieres con tantas ansias, y, para qué lo utilizabas?—le dije, sorprendido ante su comportamiento

—Observaba los repiqueteos de la lluvia en el agua

—¿Para qué?, ¡Eso es una verdadera pérdida de tiempo!, ¿Estáis en vuestro sano juicio?

—¡Lo estamos, más que tú!—respondió con furia

—Parece que sois balleneros, nosotros también, tratamos de capturar la ballena blanca, ¿Y vosotros?—dije, haciendo caso omiso a sus palabras

—Lo intentábamos

—¿Y?

—Desistimos. Al fin y al cabo, sólo somos simples marineros, el éxito no tiene por qué venir a nosotros. Observando la lluvia, se vive mejor

Dejé a aquel hombre, y a su tripulación, lo entendí a la perfección. No estaban locos, sino muertos, muertos de ambición.

Escrito por Manuel Arbona Llorca